



IN MEMORIAM BARTOLOMÉ CASASECA MENA (1920-1998)

Ya ha pasado casi un año; un año, desde que D. Bartolomé Casaseca Mena dejó esta vida. Fue el 17 de marzo de 1998. En Salamanca.

Siempre nos decía que él se moriría a los 82 años; nos lo decía tantas veces que yo había llegado a creerlo. Cuando alguna vez se encontraba mal, cuando no quería ir al médico porque sentía miedo, yo echaba mis cuentas y me sentía segura porque todavía faltaban unos cuantos años. Más tarde, no sólo dejó de tener miedo al médico, sino que el médico pasó a ser su única esperanza. Entonces, los que estábamos cerca de él, supimos que las cuentas no iban a cuadrar. Y se desajustaron para siempre, 78 años después de venir a este mundo aquel 22 de enero de 1920, en el pueblo zamorano de Corrales del Vino.

«Cortellos do Viño», decía él, haciendo gala de su paso por Santiago de Compostela ¡más de 20 años! como alumno, profesor con distintos nombres y catedrático de Botánica en la Facultad de Farmacia. Hasta 1966.

Entonces se vino a Salamanca, para estar más cerca de sus *cortellos* y de su familia. Fue el primer catedrático de Botánica de Salamanca. ¡Otros 20 años, y la jubilación! Injusta, forzosa y forzada. A los 66 años, en 1986. Esa era la ley en ese momento; más tarde la ley fue otra, pero ¿qué importaba ya? Y luego se murió, el 17 de marzo de 1998, cuando aún faltaban unos años para que las cuentas cuadrasen.

Personalmente no creo en las muertes irreparables, sino en las vidas: fértiles o inútiles.

Retrato de Amable DIEGO

La vida de D. Bartolomé fue una vida fértil; fértil para él y fértil para los que le rodearon; por lo que cosechó y por lo que sembró. En muchos aspectos, el nombre de D. Bartolomé Casaseca Mena es todo un hito: ahí quedan los discípulos por él formados, las Tesis Doctorales dirigidas y sobre todo el Herbario SALA, su obra más querida.

Desde su primer trabajo botánico, su Tesis Doctoral titulada «*Estudio de la Flora y Vegetación del Término Municipal de Santiago de Compostela*», se dedica infatigablemente a recorrer todo el territorio peninsular, de norte a sur, de este a oeste, en viejos trenes, en destartalados autobuses, con burros y sobre todo andando, en una época en que viajar era una aventura, herborizar una extravagancia y hacer de ello una profesión, una demencia.

Las salidas al campo con D. Bartolomé fueron lecciones inolvidables para muchos de los botánicos actuales de toda España. Ahí están, para corroborarlo, tantos botánicos de Andalucía, Galicia, Castilla, Cataluña o Asturias ¡qué importa! a los que D. Bartolomé acompañó, orientó, instruyó y ayudó sin reservas, desinteresadamente, por amor a la botánica y por amor a las personas. Porque D. Bartolomé amaba profundamente la Botánica y amaba profundamente a la gente, eso es algo que algunos de nosotros, sus discípulos y amigos, sabemos bien.

Recuerdo con admiración y respeto los relatos que nos hacía de sus ya lejanas campañas botánicas. Como aquella, desde Santiago de Compostela, para herborizar por primera vez en la Sierra de Grazalema. ¡Varios días en tren, con problemáticos transbordos, teniendo que abrirse paso a empujones entre la gente apretujada en los vagones, para conseguir rescatar las prensas por la ventanilla, con la ayuda de un afable y agradecido «maletero de estación». Y todo para llegar a Algeciras y que le digan ¡que no saben donde está Grazalema!. Un autobús hasta Ronda y alquiler de un viejo taxi. Por fin Grazalema... Allí ha de contratar los servicios de un guía para recorrer andando la Sierra. Un guía del pueblo andaluz que no da crédito a sus ojos cuando D. Bartolomé se sienta, haciendo un descanso, y comparte con él su comida, como un amigo más. Eran tiempos heroicos, de sudar las botas y desgastar los riñones con el peso de las prensas y de las plantas herborizadas.

O cuando subió a Porto, en el límite entre las provincias de Orense y Zamora, andando desde la carretera nacional Orense-Vigo; tres días cruzando los campos, durmiendo en pajares o al descampado, con la prensa a la espalda y la mochila al hombro, a solas con el sol, con la lluvia, con el viento y con las estrellas. ¿Quién querría acompañarle en tales penurias, compartiendo una escasa y magra comida? ¡Total, para conocer los acebales del valle del Bibey!...

Al cabo de tantos años, de tantas campañas, D. Bartolomé mantenía intacta su capacidad de emocionarse con los antiguos recuerdos, como aquél que lo devolvía a tierras palentinas para descubrir de nuevo el *Lepidium perfoliatum*, de nuevo por primera vez. Abría los ojos, se llevaba las manos a la cabeza y exclamaba: «oh, oh...¿qué es esto?» Era fácil imaginarlo, guardando los pliegos con vene-

ración en el borde de aquella charca reseca, cerca de un trigal, en una soleada mañana de julio.

D. Bartolomé Casaseca Mena fue un hombre afortunado en su vida porque contó con muchísimos amigos que le querían fuera de todo interés; amigos de todos los ámbitos sociales; de todas las profesiones; de todas las edades; amigos que aparecían en los lugares más insospechados. Recuerdo una excursión botánica por la sierra zamorana de La Cabrera, en el año 1991, cuando ya llevaba varios años jubilado. En el bar de un pueblo perdido, entramos a tomar un refresco. Al ir a pagar nos informaron que estábamos invitados. Un obrero que trabajaba en las obras de desmonte había reconocido a D. Bartolomé y quiso invitarlo, silenciosamente, sin ostentación, con la generosidad que muestra la gente sabia del pueblo hacia las personas que se han ganado su respeto.

Y D. Bartolomé es un hombre afortunado también después de su muerte porque sigue disfrutando del respeto, la admiración y el cariño de muchísimos amigos que nos sentimos unidos por este lazo, más allá de cualquier discrepancia personal. ¡Fuimos amigos de D. Bartolomé! Y eso nos une. Nos une en su recuerdo.

Ximena GIRÁLDEZ FERNÁNDEZ,
alumna y discípula de D. Bartolomé Casaseca
entre los años 1975 y 1998. *Salamanca, España*